

Propaganda y Terrorismo

por

Jorge A. Sanguinety

Aquel famoso ministro de propaganda de Adolfo Hitler decía que cuando una mentira llega a repetirse mil veces se convierte en verdad. Y Fidel Castro parece ser de la misma opinión.

Uno de los temores de mi vida es el de que se me acuse de ser repetitivo. Prefiero no escribir o no decir nada, antes de convertirme en un productor de aburrimiento. En mis fantasías de que un generoso diletante quiera un día recopilar algunos de estos artículos y de que después otros esperanzados paleontólogos de la historia de Cuba encuentren algo de valor en ellos, me aterra la idea de que se pregunten: “Y por qué repite tanto?”. Pues envío ahora mi respuesta por adelantado. Simplemente, sigo atrapado por la inocente (o peor) creencia de que las cosas importantes hay que decirlas una vez. Creencia que se convierte en gran tontería cuando se vive en un mundo donde la mentira de la propaganda política llega a confundir incluso a los más avisados observadores. De esta manera, la propaganda política se convierte en el peor enemigo de la verdad, acosándola en todas partes, como una forma de terrorismo del pensamiento.

El bombardeo de la propaganda oficial cubana es cruzado, pertinaz y sutil, como el viento del Guadarrama, que no apaga un candil. De muchos lados vienen las andanadas que nos aseguran que la economía cubana creció en tanto y en más cuanto y que la famosa crisis económica se está superando. Por otro lado, vienen las cargas de caballería destinadas a liquidar el embargo de Estados Unidos. La libertad de prensa en todo su esplendor, incluyendo los costos que tenemos (y que debemos respetuosamente) pagar por la misma: la libertad de que se digan y escriban todo tipo de mentiras y tonterías. ¡Menos mal que podemos responder de alguna manera! Y, en este caso, creo que es mejor hacerlo con una cierta dosis de pedantería técnica, a ver si no hay que repetir tanto.

Palabra de un economista que no sólo se gana la vida trabajando con estos temas, sino que fue testigo en Cuba de los quehaceres de la economía cubana en los años sesenta: No hay manera de sustentar las afirmaciones de funcionarios cubanos que no son otra cosa que rehenes de Fidel Castro sobre el crecimiento de la economía ni en el pasado ni en el presente y mucho menos en el futuro. No hay evidencia de que Cuba haya desarrollado un sistema confiable de cuentas nacionales. Esas dos palabras, “cuentas nacionales”, que se leen con facilidad y que pueden dar la falsa impresión al profano de que entiende lo que lee, representa un sistema de recopilación de estadísticas económicas de alta complejidad técnica. Cuando este humilde observador trabajaba en la Junta Central de Planificación, lo cual hizo hasta marzo de 1966, Cuba no tenía un sistema de cuentas nacionales que le permitiera medir los niveles de actividad económica por medio de los agregados macroeconómicos tradicionales (producto bruto, ingreso nacional, inversión, ahorro, consumo, exportaciones, importaciones, etc.). Peor todavía, en la Escuela de Economía de la Universidad de La Habana, hasta ese mismo año, no existía una asignatura que tratara de la definición y el análisis de dichas

cuentas. Lo más que se estudiaba eran los modelos de reproducción simple y de reproducción ampliada de Marx, lo cual era insuficiente para tales quehaceres.

Sin embargo, muchos se dejan impresionar por las declaraciones oficiales del gobierno cubano, y se impresionan aún más cuando la prensa británica o neoyorquina se hace eco de tales declaraciones como si fueran confiables, sin calificarlas por un momento. Ya yo me he dejado de irritar por la manera en que muchos no sólo se hacen eco de lo que Fidel Castro quiere que se diga sino de que además se hacen sus amplificadores. Tal parece que la verdad ha dejado de ser importante cuando se habla de Cuba y de los cubanos que contemplan cómo la tiranía los humilla y desprecia.

Algo peor aún sucede con las declaraciones cubanas sobre la producción azucarera. Se discute febrilmente si la zafra llegó o no llegó a tales o más cuales millones de toneladas, pero a nadie se le ocurre preguntar: ¿Cuánto costó la zafra?, o, ¿cuánto ganó Cuba con el azúcar?, y, ¿adónde fueron a parar las ganancias? Año tras año se repite el mismo sainete y año tras año tenemos que salir a repetir lo mismo, que se resume en una proposición simple: el gobierno cubano no sólo no dice la verdad sobre la economía cubana, sino que no puede decirla aunque quisiera porque no tiene la base estadística que se necesita. A Castro no le interesan las estadísticas que no dan una buena imagen. El prefiere proyectar espejismos tratando de ocultar la realidad de un pueblo que se empobrece y se desintegra.

21 de Julio de 1997